

## **Familia, morada permanente de Jesús**

Rebeca Reynaud

Hace poco escuché a Inmaculada García, quien da un testimonio edificante de su conversión. Relata que nació en una familia católica, pero ella dejó toda práctica religiosa; estudiaba y trabajaba y, en su trabajo la vieron con ansiedad. Así que la mandaron al médico, quien le dio pastillas para dormir y pastillas para estar despierta al día siguiente. Le iba mal en el estudio y en el trabajo. Los fines de semana salía con su pandilla y a veces se le pasaban las copas. Sus padres se preocuparon y vieron que era contraproducente decirle algo así que decidieron guardar silencio y rezar por ella. Un día llegó de madrugada y vio que su madre se preparaba un café. Le preguntó:

- ¿Qué haces levantada a esta hora?

Su madre respondió:

- Tu padre y yo hemos decidido ir a Misa diaria en compensación por las Misas que tú te pierdes.

Ella se dio la media vuelta y se fue a dormir pero se le quedó clavada esa idea.

Sus padres no sabían que hacer con ella pues vieron que se estaba autodestruyendo. Un amigo les recomendó enviarla a Merdujorge, en Bosnia, pero no tenían el dinero completo. Se lo encomendaron a la Virgen y al padre le llegó un dinero que tenían pendiente de pagar. Sin ilusión por el viaje ella se fue. Allá no fue a ninguna actividad, que quedó tomando cerveza en un estanquillo.

El último día reflexionó: "Todos están felices, cuentan experiencias emocionantes, y yo, ¿qué? Dios mío, ¿qué quieres de mí?".

Y una idea rondó su cabeza: "¡Confíesate!". No pensaba hacerlo pero lo hizo y el sacerdote le dijo: "Ahora la Inmaculada Concepción le dará un abrazo a su hija Inmaculada". Ella replicó: "Pero no me siento perdonada". El confesor le dijo:

"Anda, ve a comulgar, de penitencia". Así lo hizo y sintió una enorme alegría. Un peso se le quitó de encima. Cuando le preguntaron al volver: "¿Qué cambió en ti?". Ella respondió: "Antes vivía sin sentido y llevaba una vida que pesaba.

Ahora me he liberado y me sé amada por Dios". Inma vive ahora con su marido en Medjugorje, ya que se casó con el croata que le servía las cervezas, dos años después de su viaje y ahora tiene tres hijos. Se le ve feliz (en MATER MUNDI, en una entrevista que se llama "De una vida desordenada a convertirse en Medjugorje, y allí conoce al amor de su vida.").

La presencia de Jesús en tu alma transforma tu vida y tu familia. Dios es familia, es un misterio de amor. El hombre es imagen de Dios porque es un ser para el amor.

La familia puede ser morada de Jesús si sus miembros están en estado de gracia y si Jesús es bienvenido en esa casa. Dice el Evangelio de San Juan que Jesús dijo: "*Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos dentro de él morada*". Somos templos de Dios.

Donde está Jesús está la Santísima Trinidad. En un *Angelus* Benedicto XVI anota: "En todo lo que existe está grabado, en cierto sentido, el 'nombre' de la Santísima Trinidad, porque todo el ser, hasta sus últimas partículas, es ser en relación, y así se traduce el Dios-relación, se traduce en última instancia el amor creador. Todo proviene del amor, tiende al amor y se mueve impulsado por el amor, naturalmente con grados diversos de conciencia y libertad" (7-VI-2009).

En el nombre del Padre... Invocamos el más grande misterio de Dios en sí mismo. Tenemos la alegría de conocer el misterio de Dios en sí mismo. Para esto hemos sido creados. León XIII dice que para contemplar este misterio han sido creados los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra.

A la Santísima Trinidad no la conocieron Abraham, Moisés, David. Pero la primera que la conoció fue María, de manera explícita.

No la conocen los musulmanes ni los judíos.

En la persona del Padre vemos al Creador de todas las cosas, Padre verdadero que por amor a sus hijos, envió a su Primogénito y a su muy amado, a vivir en la tierra de dolor y a morir por nosotros.

En la persona del Hijo adoramos al Salvador del mundo, a la Víctima ofrecida por nuestra redención, al Señor y Maestro, al Amigo. Al Esposo de las almas.

Al Espíritu Santo lo veneramos con afecto; es ciencia, sabiduría, fortaleza, piedad y, sobre todo, amor. Sin él, ni un pensamiento bueno nos puede ser sugerido.

Es necesario descubrir la presencia de la Santísima Trinidad en el alma, y aprender a gozar de ella como han sabido hacerlo los santos. San Agustín recuerda ese momento como uno de los hallazgos más importantes de su vida: *¿dónde te hallé para conocerte sino en Ti y sobre mí?... Y pensar que Tú estabas dentro de mí, y yo fuera; y por fuera te buscaba, y engañado me lanzaba sobre las cosas hermosas que creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo... Hasta que me llamaste, gritaste, y venciste mi sordera; brillaste, alumbraste y disipaste mi ceguera. Sentí tu fragancia, y se disparó el espíritu con el anhelo de Ti (Confesiones 10,26,37; 27,38).*

No estamos solos. Es una pena que los cristianos olvidemos que somos Trono de la Trinidad Santísima. En familia se puede desarrollar la costumbre de buscar a Dios en lo más hondo de nuestro corazón. Eso es la vida interior.